

## **Cristo nace de una madre santificada. Plenitud de la gracia en María**

1. La relación de María con el Verbo enviado por el Padre es única. El Hijo de Dios según la naturaleza humana nació de Ella como de la raíz crece el fruto; de eso proviene toda su gloria y honor. Nadie es igual a Ella. Esa dignidad fué para Ella una gracia inmerecida; por libre decisión llamó Dios a María para la dignidad de Madre de Dios. Su elección es una acción gratuita de Dios sin precedentes. El amor y misericordia de Dios celebran así su victoria sobre la nulidad y caducidad humanas. Graciosa-mente ha mirado la humildad de su sierva (*Lc. 1, 48*). Toda alabanza a María se convierte por eso en alabanza a Dios.

La vocación a la maternidad incluye la vocación a hacerse conforme a la imagen del Hijo de Dios, que era a la vez hijo suyo (*Rom. 8, 24*). Así se convierte María en la encarnación de la humildad salvada por Cristo; se convierte en hija salvada de su Hijo. Está llena de gracia como ningún otro hijo de hombre, porque regaló el cuerpo humano a la Vida de Dios aparecida en el mundo. Tal plenitud de gracia se hace patente con singular fuerza en su libertad del pecado original.

2. *María fué preservada de la mancha del pecado original por una gracia especial de Dios omnipotente en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano. Dogma de fe.*

*El sentido de este dogma es: María, por su condición única de Madre de Dios y en atención a ella fué salvada de manera única; no fué concebida en el pecado, en que todos los demás hombres empiezan a existir. No hay en su existencia ni un momento siquiera de ausencia de la gracia, como la hay en todos los demás. El estado de*

plenitud de gracia no empieza por su nacimiento, sino con el primer fuego latente de su vida. El dogma nada tiene que ver con la cuestión de la situación moral o religiosa en que se encontraban sus padres en el momento de su concepción. No se trata del estado de la que concibe o del que engendra, sino de la engendrada. No estuvo ningún momento en pecado, afirma la Revelación. La expresión "concebida sin mancha" o "concepción inmaculada" da ocasión según parece con indestructible fuerza, a entender falsamente, que el acto generador no es puro o que debe caer una mancha sobre todos los demás padres. El dogma nada tiene que ver con esas interpretaciones. ¿Cómo iba a llamar Dios en la Revelación manchado o sucio al acto, para el cual creó al hombre, con el fin de que se sucediera continuamente la fluencia de la vida; al que incluso introdujo en el sagrado espacio de los Sacramentos? No se habla en el dogma de la conducta o situación de Joaquín y Ana, padres de María. Pero el fruto de su matrimonio vivió desde el primer momento en la unión con Dios que tuvieron y perdieron los primeros padres. Si María fué libre de pecado, fué por gracia de Dios. Tampoco ella hubiera podido librarse por sí misma; también de por sí habría caído en la culpa original, porque era de la raza de Adán; era un miembro del género humano que necesitaba la redención. Tampoco Ella llegó a ser lo que fué por libre evolución de su yo creador, sino por gracia de Dios. Nunca soñó el sueño de salvarse a sí misma. El dogma de que María fué libre del pecado original no niega la necesidad de redención de los hombres, sino que la hace resaltar; hace visible en María el magnífico resultado de la Redención; nos muestra a María como a la redimida por su divino Hijo, como a la creación rehecha dentro de la creación caída, como a un lirio entre espinas, como a la zarza ardiendo que queda intacta entre las llamas, como a espejo de la santidad y justicia de Dios (R. Grosche, *Zur theologischen Anthropologie*, en *Pilgernde Kirche*, 1938, 137).

El hecho de que María fuera libre del pecado original es una de las *realidades más misteriosas y ocultas de la Revelación*. En la Bula *Ineffabilis Deus* del 8 de diciembre de 1854, el magisterio de la Iglesia, decidiendo definitivamente la vieja cuestión de siglos, dice: "Para honor de la santa e indivisa Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen, Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y acrecentamiento de la religión cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra declaramos, proclamamos y definimos que

la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fué preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo, Jesús Salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles" (D. 1.641).

3. La decisión doctrinal de la Iglesia invoca el "Protoevangelio" (*Gen.* 3, 15) para el hecho de la "Inmaculada Concepción". Según ese texto, Dios pone perpetua enemistad entre la mujer y la serpiente y entre sus respectivos linajes; el linaje de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente y la serpiente la morderá el calcañal. (Según la *Vulgata*, la mujer misma aplastará la cabeza de la serpiente.) Parte de los Padres interpretan que la expresión "linaje de la mujer" se refiere a los buenos y a la Iglesia; otros dicen que se refiere a los buenos y a Cristo y algunos, por fin, que se dice de Cristo sólo. La interpretación católica posterior dice: los descendientes de Eva aplastarán la cabeza de la serpiente por voluntad de Dios, es decir, vencerán el pecado. La negación del pecado está conseguida plenamente, en primer lugar, en Cristo. El texto del *Génesis* tiene, pues, significación mesiánica; es una indicación hacia Cristo, una anticipada anunciación del Salvador, que, sin duda, es linaje de la mujer. Pero entre Cristo y su madre hay una íntima unión espiritual y de Historia Sagrada; por eso también su madre está en completa y victoriosa enemistad con el pecado, claro que no de por sí, sino por gracia de Dios. Esta enemistad hace suponer que María no estuvo ni un momento bajo el dominio del demonio, ni se apartó de Dios jamás.

La expresión de San Lucas (1, 28): "llena de gracia" (en griego, *kecharitomene*) se refiere en primer lugar a la elección de la Virgen para Madre de Dios; pero no es demasiado atrevido deducir de su dignidad su proximidad a Dios: el texto tiene su sentido más completo si su plenitud de gracia se entiende como la falta de espacio para el pecado.

4. En la *época de los Padres* no se encuentra por ninguna parte expresada formalmente la fe en la exención de María del pecado original. Pero los Padres ponen frecuentemente al lado de la intacta santidad de Eva antes de la caída, la pureza de María; así se pudo después deducir su exención del pecado original.

San Efrén, en los *Himnos nisibénicos* (27, 8), ensalza a María:



“Tú, Señor, y tu Madre, sólo vosotros sois bellos sobre todas las cosas, pues ninguna falta hay en ti, Señor, y ninguna falta hay en tu Madre. ¿Con cuál de estas dos bellezas puedo comparar mis hijos?” En las *Obras sirias* (2, 237) se dice: “Del todo inocentes e ingenuas fueron las dos, María y Eva; del todo semejantes la una a la otra. Pero después una fué la causa de la salvación y la otra fué causa de la muerte.”

San Agustín, en su obra *Naturaleza y Gracia* (36, 42), dice: “Exceptuando, pues, a la Santa Virgen María, acerca de la cual, por el honor debido a Nuestro Señor, cuando se trata de pecados, no quiero mover absolutamente ninguna cuestión (porque sabemos que a Ella le fué conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que nos consta que no tuvo pecado alguno); exceptuando, digo, a esta Virgen, si pudiésemos reunir a todos aquellos santos y santas cuando vivían sobre la tierra y preguntarles si estaban exentos de todo pecado, ¿cómo pensamos que habrían de responder? ¿Lo que dice Pelagio o lo que enseña San Juan? Decidme: cualquiera que haya sido la excelencia de su santidad, en caso de poderles preguntar, ¿no hubieran respondido al unísono: si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos, y la verdad está ausente de nosotros? (*Obras de San Agustín*, vol. VI, *Tratados sobre la Gracia*, Madrid, 1949; BAC, pág. 871). La doctrina sobre la exención de María del pecado original se desarrolló en Inglaterra durante el siglo XII. Los monjes Eadmaro († 1124) y Osberto († post. 1130) explicaron que convenía a la santidad de Cristo que su Madre no estuviera manchada de pecado alguno y que en virtud de su gracia salvadora fué perfectamente pura y santa, ya en el momento de empezar a existir. San Bernardo opinaba que María no fué santificada antes de existir; fué santificada por vez primera después del principio de su existencia. Por tanto, empezó a existir antes de ser santificada. Los teólogos de los siglos XII y XIII no pasaron por alto esta reflexión y negaron la doctrina de la “Inmaculada Concepción”, incluso San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Dos teólogos franciscanos, Guillermo de Ware y Duns Escoto, dieron otra explicación definitiva entre los siglos XII y XIII. Según ellos, María también necesitaba ser salvada, y en realidad fué redimida por Cristo; pero fué redimida en forma mucho más perfecta que los demás hombres. Los demás hombres fueron libertados del pecado; María fué exenta de él. Desde entonces, la doctrina se propagó rápidamente. Quedaron como adversarios, por lo general, los dominicos. Pero

estaba defendida por las demás Ordenes religiosas y por la Universidad de París y otras; varias veces fué objeto de declaraciones doctrinales de la Iglesia en la época siguiente. Después que el Concilio de Basilea, en una sesión cismática (1439), decidió que la doctrina debía ser tenida por opinión piadosa, Sixto IV (1471-84) prohibió acusar de herejía y pecado mortal a los defensores de ella e introdujo en el *Breviario* y en el *Misal* la fiesta de la Inmaculada Concepción.

El *Concilio Tridentino*, en su definición sobre el pecado original, aclaró que la bienaventurada Virgen no debía ser incluida en la doctrina de la universalidad del pecado original. Pío V condenó la proposición de Bayo de que nadie, fuera de Cristo, estuvo exento del pecado original y de que los dolores de la bienaventurada Virgen habían sido castigo de pecados reales o del pecado original. Alejandro VII reunió (1661) todas las decisiones de la Iglesia sobre la piadosa opinión de que María estuvo exenta del pecado original y condenó todos los libros aparecidos últimamente que defendían la doctrina contraria. La explicación definitiva se dió en el año 1854.

5. La reflexión teológica demuestra casi evidentemente que Dios preservó a María de todo pecado. Claro que no pasa de dar razones de conveniencia o congruencia. La Madre del "Santo", la que es la puerta para la entrada de la sabiduría divina en la historia de los hombres (*Prov.* 8, 22-35), tenía que ser santa desde la raíz (epístola de la fiesta de la Inmaculada Concepción). En honor a la dignidad y gloria de Cristo, la Madre no podía ser abandonada a la indignidad y deshonor del estado de lejanía de Dios (cfr. § 135).

Esta consideración tiene más fuerza, si pensamos en las consecuencias que del pecado original en cuanto apartamiento de Dios se derivan esencialmente (cfr. § 136). La Madre del Señor debía estar exenta de todo alejamiento de Dios y de toda desfiguración natural esencialmente unida a él. El Hijo de Dios encarnado debía ser formado en cuerpo y alma según su imagen, porque ella fué precisamente su Madre, le formó de su misma esencia y le dió los rasgos de su figura corporal y espiritual. La aparición terrestre del Hijo de Dios está embebida de su carácter. No podía, por tanto, haber en Ella nada indigno de Dios, pecaminoso, impuro o enfermo. No "podía haber en Ella propiedades o disposiciones malas que se transmitieran como gérmenes a la sangre de su Hijo. Con más razón debía ser sacada y elegida de la serie de generaciones que la habían formado y construído, cuanto peor era la herencia



que sobre Ella se había amontonado a través de la fluencia de los antepasados; por mucho que destaquen en su ascendencia los enviados de Dios, hay también en ella criminales y mentirosos, traidores y renegados, idólatras, prostitutas, adúlteros e incestuosos. Dios debía estancar esta corriente ante la Madre del Hijo de Dios, para que no desembocara en Ella que debía ser "digna morada" de su Hijo (cfr. *Schildgenossen*, 1927, 211).

6. La exención del pecado original se traduce en la ausencia de movimientos desordenados y malos deseos. María estuvo exenta de las "heridas" del pecado original; fué, por tanto, completamente incólume y santa (*Postcommunio de la Fiesta de la Inmaculada*). No se levanta, pues, desde el fondo de su propio yo, la tentación, para afirmar el propio yo contra la voluntad de Dios. *Durante toda su vida permaneció realmente libre de todo pecado*. Siempre estuvo en un estado parecido al de los primeros padres antes de la caída. El Concilio de Trento sugiere esta realidad cuando habla del privilegio especial que el hombre necesita para poder evitar todo pecado (D. 883). También el Espíritu Santo, en la hora de la liberación, en que había sido elevada sobre todas las tinieblas de la tierra, permitió a María ver su plenitud de gracia y su predestinación: Ella ve que su elección entra en la perduración de la alabanza y gloria de todas las generaciones, en el presente perdurable del sagrado misterio divino (*Lc. 1, 47-48*).

7. Así, pues, María no tuvo pecado en toda su vida ni sintió subir la tentación desde el fondo hasta Ella. No tuvo que pasar desde el enredo del pecado hasta la libertad de los hijos de Dios. No tuvo ocasión de combatir el mal en sí misma. Y a pesar de todo, su vida está llena de lucha y victoria. No está en el campo de batalla en que se encuentran y luchan pecado y virtud, santidad y no-santidad, sino dentro de los límites de la obediencia y del amor. *Su vida fué siempre un estar dispuesto ante Dios y un entregarse a El*. Pero en el destino de su Hijo, que se hizo destino suyo, *crece el amor sacrificial* cada vez con más fuerza e intimidad. Su vida fué una continua ascensión; Dios la llevó por caminos cada vez más difíciles y escarpados, hasta que fué capaz de soportar con corazón dispuesto y voluntario la mayor prueba: la cruz de su Hijo. Su vida fué un peregrinar hacia Dios, como la de todos los hombres, sólo que ningún otro vivió como Ella en la grandeza y pureza del amor. También su vida estuvo esperando el cumplimiento

y perfección. También se alargó en la esperanza hacia el futuro; también su vida estuvo regida por la ley del "todavía no". A pesar de la íntima proximidad de Dios, todavía no estaba en el cielo, todavía no había sido liberada de la caducidad y abandono de la existencia humana.

Su amor, su obediencia, su fidelidad desembocan, por fin, en su fe; porque su vida fué la de un peregrino y no la de un ya-llegado; también Ella estuvo en la nube que oculta el rostro de Dios; también debió cumplir y hacer su vida en la tiniebla de la fe. En la Escritura es llamada bienaventurada justamente por su fe (*Lc.* 1. 45). En todos los puntos cruciales de su vida se ofrece incondicionalmente para obedecer a Dios, que la llama. La Escritura, que tan parcamente habla de Ella, según todas las apariencias, nos describe precisamente las ocasiones en que su fe aparece victoriosa sobre las tinieblas; y así, da la sensación de pasar en seguida su honor de ser Madre de Dios para describirla en cortos y precisos rasgos como creyente. Para esto basta iluminar la figura de María en las situaciones decisivas; y así, es Ella, ante nosotros, sublimemente grande y gloriosa.

Hubiera sido debilitarla, el hecho de dedicar a su vida muchas obras complicadas. Nos hubieran alegrado tantas imágenes amables e interesantes. Pero los ojos y el corazón se habrían apartado de lo más significativo: el hecho de que su vida fué una constante y cumplida decisión por Dios en el dolor y el amor. El empeño de los *evangelios apócrifos* por llenar los huecos del NT con descripciones fantásticas de sus años jóvenes, de su convivencia con Cristo en Nazaret, de sus milagros, no es un modo de alargar los testimonios de la Escritura sobre María; en realidad, estos "rellenos" son irreverencias. Con la palabrería humana se estorba el silencio de Dios. El lenguaje quedo del silencio divino se estropea con las chillonas voces solícitas de los hombres. Dios ha ocultado la vida de María del ataque de la irreverente curiosidad humana en un impenetrable secreto. Los apócrifos, continuadores del Espíritu Santo, tal como los encontramos en muchos escritos gnósticos, intentan violar ese secreto, que Dios ha dispuesto, y sacar la vida de María a la luz clara de una biografía humana. Por eso se omite lo grande, lo acerbo y duro de su figura a favor de un idilio humano que no tiene ninguna fuerza para conmover o arrastrar. Lo mismo puede decirse de las desenfrenadas especulaciones, regidas por el principio: cuanto más, tanto mejor. Ante las breves palabras de la Revelación, son bellos y fantásticos castillos de aire.



La Escritura nos describe la vida de María como una *vida de fe*. Durante toda su vida estuvo dando vueltas al misterio de Dios, al misterio de lo santo. Cuando el ángel le llevó el mensaje de que iba a ser Madre del Hijo de Dios, tuvo miedo del mensajero y del mensaje. También Ella, la escogida entre todos, cuando Dios llegó a estar sensiblemente cerca, sintió la enorme extrañeza de El y necesitó que le dijeran que no tuviera miedo. El mensaje le asustó aún más; el que se lo trae, no se muestra con signos milagrosos; la única señal de que es mensajero de Dios y no una apariencia engañadora de Satán era su propio ser santo y entregado a Dios. Sentía que del que estaba ante Ella venía una santa ola de afinidad; era la única señal que hablaba certificando el mensaje. En aquel momento nada tenía, aparte del amor y ofrecimiento a Dios; su decisión ocurrió, pues, en la libertad del amor. Se entregó, pues, con todo su ser a la voluntad de Dios; le ofreció su vida, su honor, su sangre y todas sus facultades. Su fe fué más fuerte y viva que la de cualquier otro; desde el punto de vista humano, hay que decir que su fe fué más difícil que la de todos los demás. Todavía no había visto la demostración de la obra redentora en milagros y actos de poder. No podía reflexionar sobre la Resurrección o la Ascensión. Todo eso estaba todavía en el indefinido ámbito del futuro. Aunque fué bendecida y elegida por Dios como ningún otro hombre, no debe pensarse por eso que la gracia de Dios le librara del peso de elegir. Cuanto más hondo calaba la gracia en su corazón, tanto más exigía la tensión de todas sus fuerzas interiores. El mundo nuevo que empieza con Cristo, comienza a levantarse de la oscura profundidad del amor divino; y también en María tuvo que empezar. De pronto se encuentra a sí misma en el centro del mundo y de la historia: en Ella acaba el AT y empieza el Nuevo. No nos está permitido creer que María se diera cuenta perfecta del sentido e importancia de las maravillas que el Poderoso hizo en Ella (Lc. 1, 49); de otra forma no se entiende que más tarde se diga varias veces que Ella no había entendido a su Hijo. ¿Cómo hubiera podido entender los misterios de Dios? Pero obedeció la llamada de Dios incondicionalmente, más allá de todo entender y comprender. Toda Ella fué entrega, disposición y receptividad ante Dios.

En Ella se realiza y cumple la entrega de la creación a Dios. Ella expresó en nombre de toda la creación necesitada de redención su estar dispuesta a la salvación decidida por Dios.

Se tendría una idea poco seria de la voluntad divina de Reden-



ción si se pensara que hubo peligro de que la realización concreta del decreto divino podía haber fracasado por falta del asentimiento de María. El plan de Dios había sido pronunciado, según el testimonio de las Epístolas a los romanos y a los efesios, incondicionalmente y más allá de todas las posibilidades de negación y rechazo humanos. No podía dejar de cumplirse y Dios tenía muchos modos de realizarlo. Qué hubiera hecho si María no hubiera consentido, es una cuestión que no nos importa. En realidad, su asentimiento estaba previsto y predeterminado por Dios desde toda la eternidad; María había sido elegida para Madre de Dios desde la eternidad y por Dios fué conducida con divina seguridad hasta la hora de la Encarnación. Lo que no obsta para que Ella fuera responsable de su decisión (cfr. *Tratado de la Gracia*).

Su vida se desarrolla según la pesada ley bajo la que había empezado. Da la vida a su Hijo en penosas circunstancias exteriores; debe salvarle del odio de Herodes, huyendo; por su causa tiene que permanecer en Egipto entre pueblos paganos y sin las fiestas religiosas comunitarias. ¿No puede Dios tratar a su Hijo de otra manera? ¿Dónde está el esplendor de su gloria? ¿No está viviendo María continuamente lo contrario de lo que el ángel profetizó de su Hijo? Cuando en la Presentación de Jesús (*Lc. 2, 22-35*) el anciano Simeón, llevado al templo por el Espíritu Santo, dijo de Jesús que sería la salud de los pueblos, que en El se decidiría la salvación o condenación y que una espada atravesaría el alma de su Madre, María y José se admiraron de tales palabras: les decían algo desacostumbrado y nuevo, algo raro y extraño. Dios no les había iniciado en sus secretos, como había hecho con Simeón. Era como si Ella, su Madre, no estuviera en aquella intimidad preferente de Dios en que estaba Simeón, el extraño (*Io. 15, 15*). Lo que él la profetiza, alude al futuro dolor que ha de padecer por voluntad de su Hijo. ¿Cómo puede compaginarse esto con el mensaje angélico de que su Hijo será dominador por los siglos y que su reino no tendrá fin? (*Lc. 1, 33*).

La fe de María no vaciló bajo el asalto de lo irrazonable e incomprendible. No perdió la confianza en su Hijo, al verle débil y sin ayuda en Belén y Nazaret, al prestarle como madre todos los pequeños servicios que se prestan a cualquier hijo. Cada día y cada hora eran para Ella una prueba de fe.

Ningún acontecimiento de los años jóvenes de Jesús la arrojó tan hondo en las tinieblas de la fe como la vivencia de su pérdida en el templo a los doce años. Nada de lo anterior había sido tan

penoso como esa despedida que hizo Jesús a su padre y a su madre sin decir nada. En la pregunta se rastrea el desconcierto de María: "Hijo, ¿por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote" (Lc. 2, 48). No tiene idea del sentido y finalidad de esta tribulación; por respuesta oye que el Padre celestial da la ley a la vida de su Hijo. No es la ley de la vida familiar, no son la paz y seguridad de las relaciones del hogar lo que debe determinar su actuación, sino sólo la misión y mandato del Padre; por su causa debe separarse de sus padres, al principio sólo por dos días, pero esos días proyectan ya su sombra en la separación duradera y definitiva. María no entiende lo que quiere decirles con todas esas cosas. Jesús vive de un mundo del que El sólo es consabidor y confidente; todavía está cerrado para su Madre. No se amengua la pesadez y dificultad de esta tribulación de María, diciendo que sabía el mensaje del ángel, el nacimiento virginal y la profecía de Simeón. ¿No son justamente esos hechos los que hacen más rara la conducta de su Hijo? Tampoco puede decirse que María, según se deja ver en el canto de su prima Isabel, estaba tan segura de su misión que ningún dolor ni tribulación podía intranquilizar su conciencia. Tal vez deba compararse su vida a la de los profetas, que unas veces eran levantados sobre todos los hombres y tenían fuerza para desquiciar la historia, pero otras veces eran golpeados y entonces estaban expuestos a la debilidad y a las tinieblas de la duda y de la inseguridad, a las tormentas de la existencia (Guardini, *El Señor*). Ninguna luz cayó en el alma de María desde el esplendor de la Anunciación y de la visita a Isabel, mientras buscó durante tres días a su Hijo. Pero aunque su espíritu no pudiera comprender la conducta y palabras de su hijo, su corazón estaba dispuesto para la llamada de Dios; en él guardaba todas las cosas que vivió con su Hijo. Y allí crecieron, como en un campo labrado, hasta la hora más difícil que Dios le envió, hasta la muerte de su Hijo. ¿Qué había quedado de las promesas del ángel? ¿De veras podía Dios llevar a su Hijo a ese tormento y oprobio? La fe de María permaneció inflexible e inquebrantable. Lo que ocurrió en el Gólgota no podía ya rebasar su comprensión más que lo anteriormente ocurrido. María había acompañado hasta entonces a Cristo en todos los pasos que hubo de dar para cumplir su destino de Redentor. Ya estaba preparada y armada para aquella hora. La fuerza de su amor y de su entrega a la voluntad del Padre, que siempre le tuvo preparada una nueva sorpresa, había madurado con tal plenitud y fuerza que podía ya

abrazar la cruz con la fe viva. Ahora ya es capaz de oír del Hijo que se está muriendo la palabra “mujer”, con la que parece alejarse otra vez de Ella; puede soportar que no sea ya más su Hijo, sino que sea otro ser quien está junto a Ella. El que hasta ahora era su Hijo está sólo como salvador y mediador del mundo, en la cresta más aguda de la creación ante la justicia de Dios (Guardini). Pero justamente mientras se agarra a la fe en la voluntad de Dios, en disposición incondicional y silenciosa, sin dudas ni vacilaciones, está más cerca de su Hijo que lo hubiera podido lograr con la más íntima unión corporal.

Así logró María su plenitud: ofreciendo su yo decididamente y viviendo desde el Tú divino cada vez con más vida. El pecador encuentra su muerte en la negación de la obediencia, en la tentativa de formar autónomamente su vida; María encontró su vida en la obediencia. Así llegó a ser Reina de los ángeles y de los santos, consoladora de los afligidos y ayuda de los cristianos (cfr. § 161). (Véase J. Weiger, *Maria die Mutter des Glaubens*, 1940.)